

Capítulo VII

La evolución de nuestra cultura

Me llega la noticia de la muerte de Mariátegui en momentos en que meditaba mi ensayo final sobre su libro. La triste desaparición del gran escritor socialista me estimula a concluir mi estudio. ¡Qué mejor homenaje para una obra que analizarla con simpatía, pero al mismo tiempo con absoluta sinceridad y libertad! Recuerdo con satisfacción que el propio Mariátegui apreció el espíritu que animaba mi crítica, al agradecerme en la dedicatoria de su libro la deferencia personal que revelan mis ensayos.

Admiraba, como todos, en Mariátegui el heroísmo intelectual, el milagro de espíritu que le permitió erigir su inteligencia, penetrante y fecunda, sobre el débil apoyo de un organismo mutilado y enfermo. Admiraba también de un modo particular su realismo, su rara aptitud para ver y describir las cosas tales como son. Me separaba de él la ideología dogmática materialista y cerrada, a la que se adhirió en los últimos años, por una de esas evoluciones cuyo misterio encierran recónditos pliegues de la personalidad en coincidencia con vientos reinantes de doctrina.

El materialismo histórico que sirvió relativamente al autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* para penetrar en algunos aspectos de la vida económica y de la vida política, en conjunto y sobre todo, aplicado al fenómeno religioso y cultural, debería producir una verdadera deformación. Ello explica porqué los capítulos más débiles de su libro son los que dedica al problema religioso y a lo

que él llama el proceso de nuestra literatura. Al precisar este último, francamente confiesa que este proceso no describe, sino que enjuicia y que, en ese juicio, no es juez, sino acusador o parte. Cree que todo estudio imparcial es imposible y, en curiosa contradicción con el pretendido objetivismo materialista, trata de enfrentar la antítesis izquierdista a la defensa o tesis colonialista, hecha, según él, por Riva-Agüero en su *Carácter de la literatura del Perú independiente*.

Al error esencial en el marxismo de reducir el fenómeno literario al fenómeno económico, agrega Mariátegui el de contemplar y apreciar la producción literaria con un criterio político. Confirma el caso de Mariátegui lo que podríamos llamar la doble esclavitud a que la literatura y el arte están sometidos, dentro de la mentalidad comunista: una esclavitud objetiva, la de reflejar siempre el fenómeno económico, y una esclavitud subjetiva, la valoración, de acuerdo siempre con una fórmula política. Nosotros, que creemos en la irreductibilidad jerarquizada de lo económico, lo político, lo estético, lo meramente lógico y lo ético-religioso, sentimos como una reconfortante sensación de libertad y de ascensión, frente al criterio, rígido y descendente, de la filosofía materialista. Comprendemos que en nuestra jerarquía de subordinación hacia arriba, lo político, lo estético, lo intelectual y lo ético adquieren, en cierto modo, autonomía y libertad. (Un realista integral, restaurando la tríada de materia, vida y espíritu, libera la vida de la materia, y el espíritu, de la vida). La primacía de lo espiritual no es absorción por lo espiritual, y cabe dentro de la concepción religiosa tradicional un arte vario, rico y múltiple y una política flexible y de realismo independiente. Dentro de la mentalidad católica, que es la única en que se estructura la independencia y jerarquía de los diversos aspectos de la realidad, han vivido los artistas más libres: Dante, Cervantes, Claudel. Y podíamos agregar Shakespeare, pues, aunque no fuese católico —muchos piensan que lo fué—, su formación era católica (el protestantismo inglés estaba apenas en el período vacilante de formación). Miramos con verdadero pavor el período humano, en que toda manifestación de pensamiento y de arte girarán alrededor del maquinismo o de una sociocracia esclava de éste.

Mariátegui disculpa el punto de vista de partido que francamente adopta al estudiar nuestra literatura con la teoría de Gobetti, según la cual la razón no puede buscar términos medios y el verdadero realismo consiste en un juego dialéctico de extremos. Según Gobetti, el compromiso y la transacción son fruto de la historia y de la vida; pero

no deben ser obra del espíritu humano. Tal doctrina envuelve un concepto falso de la razón práctica. Es cierto, históricamente, que la humanidad está sometida a reacciones pendulares; al salto brusco para el retroceso, en lugar del avance continuo; pero esta triste condición histórica no supone en el espíritu humano la ineptitud para conocer la *vía media* y mucho menos la libertad de los intelectuales para prescindir de ella y entregarse, con embriaguez vital, a soluciones extremas. La razón no solamente busca lo eterno, sino que da normas para lo condicionado y relativo. La razón realiza este papel, principalmente, en el orden político-social. Las soluciones extremas son, precisamente, irracionales, aunque aparezcan como las de más perfecta estructura lógica. La tesis y la antítesis no son razón pura, como cree Mariátegui, sino *racionalizaciones* del interés y de la pasión, del privilegio o del instinto de rebeldía. La inteligencia es capaz de la síntesis. La síntesis es verdaderamente lo *racional*. Es verdad que la razón ha sido desoída; ello no importa. Nadie puede dudar que, frente al problema de la reforma eclesiástica, Erasmo representaba la inteligencia, y no Lutero; que, frente a la decadencia monárquica, Turgot, Necker y el mismo Mirabeau encarnaban la razón, y no Robespierre y Marat; y que frente al problema social contemporáneo, el cristianismo social representa la razón, en tanto que la ortodoxia soviética dialectiza intereses ciegos e instintos de dominación. Hay una tragedia de la inteligencia humana: luz que no es vista, voz que no es oída. En esta tragedia estriba precisamente su grandeza. La inteligencia tiene que aceptar su destino, superando la violenta oposición de dialectismos simbólicos. El intelectual tiene que ser *libre*, y hoy es más difícil serio del vértigo izquierdista que de la interesada gravitación de derecha.

Esa visión realista y ese sentido de lo posible que deben tener los intelectuales libres, lo adquieren los mismos pueblos a través de la experiencia histórica. La revolución puritana, con sus excesos, preparó al pueblo inglés para la reforma evolutiva, cuando la Europa era conmovida por la mística jacobina. La Revolución francesa, experiencia formidable no sólo para Francia, sino para el mundo occidental, ha habilitado a éste para reformas y ajustes de orden social que lo liberten de la mística soviética. El espíritu realista europeo rechaza el comunismo, como el pragmatismo anglo-sajón, la fiebre jacobina. El comunismo integral sólo tiene porvenir en Asia. La lucha del porvenir se dibuja claramente entre Occidente y Oriente; entre el realismo ético-cristiano y el materialismo místico. La Europa Central—los pueblos

germanos— tienen la decisión. Alemania tiene que escoger entre el orden de una democracia cristiana, social y orgánica o un nacionalismo panteísta que sería el aliado y el instrumento de la invasión soviética.

La explicación del fenómeno literario hecha por Taine, como producto de la herencia, del medio y del momento, está hoy desprestigiada, a pesar de su relativa amplitud, si se la compara con la teoría materialista. La herencia es un concepto vago, conciliable con la concepción vitalista pura que supera al materialismo. En el ambiente podrían incluir factores religiosos y políticos y no sólo telúricos o económicos. Por último, el momento conciliaba la importancia de ciertos accidentes misteriosos y fatales. A pesar de todo esto, la tesis resulta falsa porque prescindía del factor esencial e imponderable de la individualidad humana. Todo era causa para Taine: tierra, plantas, astros; sólo negaba ese carácter al alma humana. Si hoy resulta estrecha la concepción de Taine, ¿qué ha de parecer la concepción marxista, en la cual todo se reduce a meros reflejos del fenómeno de la producción?

Esta ha pasado, según Marx, por un período feudal, burgués o capitalista y hoy se aproxima a un período proletario. Habrá tres etapas en la evolución literaria: feudal, burguesa y proletaria. ¿En qué sitio quedan los cantos medioevales, revelación y síntesis del alma popular? Mariátegui era demasiado inteligente para no comprender lo absurdo del esquema marxista: aparenta descartarlo para sustituirlo por otro esquema, según el cual el proceso literario atraviesa por tres períodos: colonial, cosmopolita y nacional. Lo cierto es que este esquema, históricamente falso, puesto que siempre en una literatura se mezclan influencias cosmopolitas a reflejos de la vida nacional, no es sino la fórmula disimulada y novedosa de encubrir el viejo e insostenible cuadro marxista. Mariátegui identifica la literatura colonial con la literatura feudal, literatura cosmopolita con literatura burguesa y literatura nacional con literatura proletaria.

Para él, la literatura es colonial, feudal y de carácter puramente hispánico en el Perú, hasta la aparición de González Prada, que encarna la literatura cosmopolita e inicia, a su vez, la literatura proletaria. A este esquema a la vez lógico e histórico, hace solamente algunas excepciones, abrumado por realidades evidentes: el nacionalismo de Garcilaso, en la iniciación de la literatura colonial, y la nota indígena de Melgar en la aurora de la República. El siglo XIX es para Mariátegui la continuación política y literaria de la Colonia.

Nada más arbitrario que poner sobre nuestra literatura, desde el descubrimiento hasta fines del siglo XIX, una sola etiqueta: colonial, y calificarla como cerradamente aristocrática y exclusivamente hispánica. Mariátegui repite su concepto simplista de la Colonia. Hay en ésta la época heroica, la época jurídica, la de consolidación, la de decadencia y la de reforma. De modo que hay una literatura épica, una literatura jurídico-política, una literatura cortesana y devota y una literatura social. La verdad es que colonialismo en el sentido de falta de *élan* propio, sometimiento mental y político, imitación servil de las escuelas hispánicas, ausencia de color local, sólo existe en los períodos de consolidación y decadencia y sólo puede aplicarse a la literatura burocrática, cortesana, devota, degeneradamente gongorista desde fines del siglo XVII al principio del XVIII.

El descubrimiento de América enriquece la literatura española e inicia la literatura americana. Así como el movimiento de expansión político-militar fué original y creador, lo fué también, y en igual grado, el reflejo de ese movimiento en la literatura. Tres efectos produjo el descubrimiento de América en las letras españolas: un más intenso sentimiento de la naturaleza, el desarrollo de la epopeya y el cultivo de un nuevo género histórico. Claro está que la literatura se conserva hispana por el lenguaje; pero adquiere un nuevo colorido al reflejar la naturaleza y el teatro americanos. La literatura heroica (epopeya e historia; cantos, que, en muchos casos, son crónica rimada o relatos en que palpita un sentimiento épico) refleja la síntesis del alma española y la naturaleza americana. Las descripciones más realistas de nuestro territorio, aquellas que traducen la visión más directa e inmediata, se encuentran en las primitivas crónicas y en los primitivos trabajos de cosmografía. El americanismo objetivo, el peruanismo, se halla, con intensidad mayor que en otros períodos posteriores, en el primer período de la literatura colonial y se conserva en el período jurídico-político. Entonces se agrega, a las descripciones de la naturaleza y a la visión de conjunto del antiguo imperio, el estudio detallado de sus instituciones y del carácter y costumbre de las razas primitivas.

Nuestra cultura, en su iniciación, es esencialmente americana; nacionalista, no sólo porque el objeto absorbe y colora definitivamente las obras, sino por la simpatía que se establece entre el Misionero y el indio: unión que produce una especie de mestizaje espiritual. Naturalmente, aquella actitud, al reflejar dentro del alma y del lenguaje español otra naturaleza y otra alma, se destaca mejor cuando a la unión

por simpatía se agrega la unión biológica, cuando al mestizaje espiritual se une el verdadero cruce de sangre. Tal es el caso de Garcilaso, que no es así una excepción, sino una culminación. Con menos ingenuidad, con menos gracia en el estilo, cronistas y geógrafos de esa época nos dan la sensación directa de la tierra. Su realismo contrasta con la falsa y legendaria visión de muchos geógrafos y sociólogos contemporáneos. “La nunca jamás pisada de hombres, animales ni aves, inaccesible cordillera de nieves” de Garcilaso, se halla en los otros cronistas. Un modesto geógrafo, Baltasar Ramírez, es el que nos da la más jugosa síntesis de nuestra geografía cuando nos dice que los “llanos son áridos, la sierra impracticable y la montaña intratable”. Es de lamentar que las enormes lecturas de Mariátegui en política internacional, sociología y literatura contemporánea, no le dieran tiempo para recorrer las crónicas y epopeyas de la época heroica. Y es más sensible aún que no hayamos publicado un nutrido volumen de antología con las páginas selectas de cronistas e historiadores, geógrafos y jurisperitos. Esas páginas serían la comprobación más elocuente de que nuestra cultura, en su iniciación, es esencialmente nacional. Diré aún más, popular y, si se quiere, proletaria. Sus autores no pensaron escribir para una casta ni reflejaron los intereses de ella; escribieron para su religión y para el estado tal como ellos lo concebían. Y los intereses de la religión y de la monarquía, en esos momentos, coincidían con los de las razas sometidas: las masas populares. El nacionalismo y su expresión más acentuada, el indigenismo, burlando el sistema dialéctico e histórico de Mariátegui, no se encuentra en verdad al final de nuestra evolución cultural, sino al comienzo de ella.

La literatura del período de consolidación (siglo XVII y principios del XVIII) fue burocrática, cortesana y devota. La literatura es el reflejo de la vida. El *élan* creador, el sentido heroico de la existencia, sólo se conserva por las misiones y se traduce en las crónicas conventuales, por desgracia, con menos intensidad que en las crónicas primitivas. Este sí es el período impersonal y pobre de nuestra cultura.

Al final de la colonia, nuestra cultura toma una orientación social y política que tiene un doble carácter: por el objeto es nacionalista, y por el criterio, universal o cosmopolita. El nacionalismo de la época heroica, que desaparece en la literatura cortesana, revive en el siglo XVIII. Surgen entonces los verdaderos fundadores de la sociología peruana: el gran Unánue y Baquijano; pero la ideología, la inspiración, son esencialmente francesas. En mis estudios sobre la ideología de los

reformadores, he tenido oportunidad de comprobar la inmensa influencia del enciclopedismo en nuestros escritores del siglo XVIII. No sólo Rousseau, Raynal y Heinecio fueron leídos y asimilados: citas de Fontenelle, de Bayly, Buffon, Montesquieu, Mably, Bemardin de Saint-Pierre, Marmontel son corrientes en nuestros hombres representativos.

Naturalmente, ese sentido cosmopolita se acentúa en la independencia. En su afán inverosímil de presentamos "un colonialismo supérstite" hasta la generación radical, Mariátegui prescinde en lo absoluto del espíritu de nuestra cultura en la época independiente.

La revolución, desde el punto de vista cultural y literario, supone, como la época heroica de la colonia, un profundo sentido racionalista y popular. Y, como su ideología es de inspiración europea, realiza la síntesis de las corrientes cosmopolita y nacionalista.

La conquista desarrolló la epopeya y la crónica. En la independencia, en paralelismo sugerente, predominan la oda y el ensayo político. Ambos reflejan la realidad ambiente.

No puede negarse carácter nacionalista y americanista a la oda heroica por el hecho de estar influenciada, en la forma, por el neoclasicismo español. Olmedo, al ser discípulo de Quintana, no deja de ser americano y peruano. Hay que atender, principalmente, al fondo de la obra, a su inspiración. El nacionalismo de Olmedo es efectivo, y ello explica que la figura central de su poema fuese Huayna Capac y no Bolívar, como ya lo hacía notar la misma penetrante y genial crítica del libertador.

En el ensayo político, el carácter nacionalista o popular, se destaca con mayor relieve. La poesía al fin, tiende a reflejar o formas eternas o la individualidad del artista, en tanto que la literatura política, destinada a actuar sobre la muchedumbre, traduce siempre factores nacionales o sociales.

No es pequeño el aporte del Perú en el género de la literatura política. La propaganda revolucionaria y la discusión constitucional, que aparecen entre nosotros más tarde que en otras secciones de América, en el momento oportuno revistió tanta o mayor importancia. Bastaría recordar folletos como el de *Veintiocho causas* y principalmente las obras de Vidaurre: el *Plan del Perú* y los discursos publicados en Trujillo; y las campañas de Sánchez Carrión y los discursos de Luis Pizarro.

Respecto del *Plan del Perú*, el texto primitivo responde a la

ideología reformista; mas la edición con notas que publicó, más tarde, Vidaurre, convertido al republicanismo más avanzado, refleja una ideología francamente revolucionaria. Vidaurre plantea con criterio casi radical muchos de nuestros problemas, principalmente el de la propiedad, atacando al latifundio. En la misma discusión constitucional entre monarquistas y republicanos, no puede decirse que los monarquistas tuvieran una mentalidad reaccionaria. Su ideal era, bajo la influencia doceañista, una monarquía liberal y democrática.

Por otra parte, la corriente liberal y aun jacobina predomina; no son sólo profesionales o individuos de la clase media los que la adoptan, sino muchos elementos del clero y de la antigua aristocracia.

La tendencia conservadora del pensamiento peruano, en consonancia con las del pensamiento general americano, no refleja una supervivencia de hábitos o mentalidad coloniales, sino la sincera reacción nacionalista y de criterio experimental frente a la anarquía y desintegración jacobinas. El Perú puede reivindicar los trabajos de Monteagudo, sobre todo la defensa de su ministerio que, aunque publicada en Quito, traduce las experiencias de su carrera política, cuya parte principal se refiere a nosotros. El sentido orgánico de Monteagudo, como el de su maestro Bolívar, no es el efecto de la gravitación de un pasado colonial definitivamente muerto, sino fruto de un espíritu creador y original frente a los problemas gravísimos que dejó la guerra de la independencia. La lucha no es entre colonialistas y modernos, sino entre nacionalistas orgánicos y cosmopolitas anárquicos. Consumada la independencia subsiste el debate entre conservadores y progresistas, entre liberales y autoritarios. La intelectualidad de esa época, como lo ha probado muy bien Basadre, en su bello y jugoso ensayo *Los hombres de traje negro*, está dividida en validos y censores. Los validos cohonestarán, con su tesis autoritaria, los gobiernos fuertes; los censores erguirán su credo avanzado y a veces demagógico. No es necesario decir que la ideología de éstos es más representativa, no sólo por su mayor número, sino porque reflejaban mejor las tendencias reinantes. La impresión que he sacado de la lectura de los periódicos y folletos de la época inmediatamente posterior a la independencia confirma lo que dijimos respecto del carácter esencialmente moderado y constitucional de nuestros conservadores. Pando, imperialista y casi reaccionario, con Bolívar, a la caída de éste, se convierte a un institucionalismo más en consonancia con el credo liberal del año 12. Sus *Pensamientos sobre moral y política*, publicados

en España en 1837, quieren conciliar la libertad y el orden. El defecto de ese grupo fué su aristocratismo intelectual y, tal vez, su hispanismo nostálgico, como lo hice notar en los estudios que publiqué en “El Perú” el año 17. Pero, a pesar de todo, sería absurdo calificar de feudal o reaccionaria una mentalidad que podía llamarse reformista o evolucionista, o apenas moderadamente conservadora. De otro lado, hay que observar que los partidarios de la autoridad fuerte no eran tampoco colonialistas aristocráticos. El cesarismo se decoraba con pretensiones democráticas.

Años más tarde, el partido conservador encontrará un jefe muy distinto del doceañista y desarraigado Pando. Ese jefe fué don Bartolomé Herrera, quien sostuvo la teoría de la soberanía de la Razón. Sería absurdo atribuir tal doctrina a colonialismo, o hispanismo o catolicismo. El aristocratismo intelectual de Herrera es de influencia europea. Era la reacción contra Rousseau de notables pensadores franceses que culmina en el doctrinarismo de Guizot y Donoso Cortés, en su primer período. No cabe tampoco considerar a Herrera como colonialista o como hispanizante. Uno de los méritos indiscutibles de esta extraordinaria figura es el de su peruanidad. Jorge Guillermo Leguía nos ha hablado con elocuencia de la grandeza patriótica de Herrera. Su nacionalismo es sincero, profundo, diríase integral. Mejor que nadie, él definió el sentido de la conquista y de la fusión de las razas. Menos cabría atribuir su aristocratismo intelectual al catolicismo. La Iglesia nunca aceptó la teoría de la soberanía de la inteligencia. La tradicional teoría católica insinuada en Santo Tomás, insuperablemente expuesta en Vitoria y Suárez, es la de la soberanía del pueblo. La exageración de Herrera sólo puede explicarse como reacción pendular contra la mística jacobina.

La segunda generación liberal triunfó en nuestro pensamiento y en cierto modo en nuestra política. Su ideología vinculada a la revolución del 48, tiene pues, un carácter universal o cosmopolita. El nacionalismo instintivo está representado por los caudillos que moderaron, en parte por exigencia del sentimiento público, en parte por necesidades prácticas del gobierno, la ilusión de liberal.

La primera generación liberal fué neoclásica. La segunda generación fué romántica. En el Perú, el clasicismo o humanismo, que fué de indiscutible robustez en la época colonial y que se conserva en la primera generación, educada en España, tiende a atenuarse y aun a desaparecer, en contraste con lo que sucedió en los países herederos de

la gran Colombia, que han mantenido esas tradiciones hasta hoy, siendo ellas la nota propia de su cultura y el elemento principal que han aportado a la de América. Nuestro romanticismo no fué, como se ha dicho con razón, profundo y original: fué un reflejo del romanticismo español. Literatura de clase media, cultivada por buenos burócratas, como lo ha observado muy bien Sánchez en original estudio reciente.

En el Plata, la corriente romántica se arraiga y se transforma, creando un movimiento cultural típico, el más fuerte de América por su originalidad y sobre todo por su sentido popular. Se imita directamente el romanticismo francés. Echevarría lo trae de Europa, junto con su credo liberal y social; luego, aquel romanticismo que se deriva hacia un nacionalismo realista, se acendra en la lucha contra Rosas. La literatura es no sólo entretenimiento espiritual; es fuerza en acción. La literatura argentina tiene un sello de realidad, de fuerza, que no se encuentra en la nuestra. Mientras que el Plata caía bajo la tiranía de Rosas, el Perú entra en un período de consolidación y de cultura con Castilla. Y faltan por eso, a nuestro romanticismo, los factores heroicos y pragmáticos del platense.

Lo típico de la cultura peruana no será precisamente la imitación romántica, ni tampoco el sello clásico de la literatura colombiana. Nuestra literatura mesocrática tiene, como nota característica, la ironía y la gracia. El criollismo es nuestro más valioso aporte a la literatura de América. Y el criollismo es costumbrismo mestizo y burocrático. El viene de lejos. Tiene su origen en los versos de Caviedes. Se acentúa en la sátira y en las comedias de Pardo, en las de Segura, y culmina en la "tradición" de Palma. Esta literatura criolla, por ser esencialmente limeña, no deja de ser nacionalista. Estamos seguros de que los estudios de Porras Barrenechea sobre Pardo y Aliaga destruirán el prejuicio de extranjerismo o hispanismo resentido que atribuye Mariátegui al gran satírico peruano. La literatura criolla no es feudal ni civilista ni cosa que se le parezca. Es, sobre todo en Segura, en Palma, Juan de Arona y en Manuel A. Fuentes, literatura mesocrática. Igualmente injustificado sería tratar con ese criterio a los poetas románticos, a Salaverry y a Luis Benjamín Cisneros. Su hispanismo no es un hispanismo político, sino un culto de lejanía romántica y de amor al idioma.

Consumada la revolución, la clase media ocupa el primer plano. Como la literatura refleja en gran parte el fenómeno político, podría decirse sin exageraciones que nuestra cultura tiende a ser una cultura de clase media por los que la cultivan y por el tema que explota.

Lima era el principal centro de nuestra clase media, y nuestro principal centro burocrático; la literatura peruana fué principalmente literatura limeña.

Y Lima, por el obstáculo de la cordillera y por la gravitación de un pintoresco pasado colonial, no vió el inmenso tesoro artístico y las intocadas fuentes de inspiración que encerraba la vida indígena. Nuestro espíritu irónico, escéptico, no descubrió, por falta de sentimiento profundo, ni la tierra ni la raza que vivían pasada la cordillera. No hay que atribuir a supervivencia de formas o de ideologías lo que ha sido fruto de circunstancias geográficas o de defectos psicológicos. Si la capital del Perú hubiera estado, como Méjico en el centro de la población indígena, nuestra literatura habría tomado otro rumbo. Si después de la independendencia, y aun antes de ella, no se hubiera ido produciendo la decadencia provinciana, y Cuzco, Huamanga y Cajamarca hubiéranse conservado como centros importantes de economía y cultura, es seguro que, al lado del criollismo limeño, habría surgido una vigorosa literatura indigenista.

Siempre lamenté que el pasado y la realidad incaica no hubieran encontrado un cantor digno de ellos. Y encuentro fundadísima la refutación que hace Mariátegui de la teoría de Menéndez y Pelayo sobre que el pasado incaico es algo extraño a nosotros. En mis conferencias en la universidad de Columbia, en 1920, tuve oportunidad de refutar también semejante criterio. Sostuve entonces que el pasado prehispánico ha sido factor esencial en la inspiración literaria, y citaba, para comprobar mi tesis, el caso de Méjico, en que la visión del Teocali de Cholula de Heredia y la profecía de Cuautémoc, de Rodríguez Galbán, revelan hasta qué punto el sentido de las civilizaciones extinguidas, reflejando parte esencial de nuestro espíritu, podía producir obras de gran belleza.

Después de la independendencia, la única población que conservó cierto desarrollo fue Arequipa. En ella surgió una cultura con rasgos característicos y bastante diferenciados de los de Lima. Población blanca, pero serrana por la situación geográfica, y próxima a los centros indígenas, Arequipa presentó la primera manifestación de reflejar el medio de los Andes y la tristeza quechua. Razón tiene Mariátegui de restaurar, contra las exageraciones en que incurrió Riva-Agüero, la hermosa figura de Melgar. Aunque de educación estrictamente clásica, Melgar es un romántico espontáneo. Es el primero, el más sincero y el más hondo de nuestros románticos. ¿Encarnan sus yaravíes de un modo

exclusivo el alma indígena? ¿Hay que considerar los cantos de Melgar como un producto hispano e indígena al mismo tiempo, como la vidalita y los tristes de otros países de América?

En nuestro concepto, Melgar encarna la síntesis del elemento hispánico y del elemento indígena en que debería basarse el alma de la nacionalidad. Melgar no dejó una escuela; apenas un discípulo, el delicado Castillo, en el que predomina la nota hispánica. Arequipa no estaba destinada en el siglo XIX a ser tierra de poetas. Dominando políticamente al Perú, su cultura, por razones pragmáticas, toma una orientación jurídico-política o científica. Los discípulos de Chávez de la Rosa y de Luna Pizarro cultivan las matemáticas, las ciencias naturales, la historia o la jurisprudencia. El derecho patrio será la obra de Arequipa. Martínez inspira el Código civil y Pacheco lo comenta. La Rosa, el Código penal. La jurisprudencia aplicada se halla en las vistas de Paz Soldán y de Ureta. Nuestra enciclopedia jurídica, en el Diccionario de García Calderón. Luna Pizarro, después de la independencia, y Piérola; después de la guerra con Chile, encarnan los verdaderos programas políticos. Mateo Paz Soldán escribe nuestra geografía; y Mariano Felipe, nuestra historia independiente. Piérola y Rivero observan nuestras riquezas naturales, y Mateo Paz Soldán y Garaycochea son nuestros primeros matemáticos. La tradición jurídica es mantenida por Valcárcel, Carlos Polar, Gómez de la Torre y Gustavo Cornejo; y la histórica, por Cateriano. Al lado de este movimiento de cultura seria, la poesía resulta mediocre. Pero la situación cambia al finalizar el siglo XIX y en el siglo XX, cuando Arequipa pierde su influencia política.

Los jurisconsultos y sociólogos son reemplazados por poetas. El pensamiento cede a la imaginación y al sentimiento.

Surge la brillante generación lírica de Percy Gibson, César A. Rodríguez, Morales de Ribera, Guillén e Hidalgo. (Los últimos son estudiados por Mariátegui en sutiles y penetrantes ensayos).

Entre la generación científica y la poética, la cultura arequipeña nos ha dado interesantes figuras. Jorge Polar, maestro típico, escribe hermosas páginas de filosofía y estética; y su hermano Juan Manuel, magníficos trozos de literatura castiza e indigenista; Samuel Velarde imita a Campoamor; Edilberto Zegarra Ballón renueva el diarismo; Francisco Mostajo ha cultivado brillantemente la literatura política y el ensayo histórico; Carlos Gibson, el ensayo filosófico. Juan Manuel Osario, desaparecido prematuramente, nos dejó en sus cuentos la

pintura del ambiente, y Aguirre Morales reconstruye la vida incaica en su fuerte novela *La Ciudad del Sol*.

Mariátegui ha prescindido de obras que, aunque no sean precisamente literarias, no pueden dejar de ser consideradas en la evolución de la literatura. En este punto, el verdadero criterio es el de los autores franceses que consideran la literatura como la expresión total de la vida de un pueblo y estudian en la historia de ella todas las manifestaciones del pensamiento que se traducen en obras de forma más o menos perfecta. Consciente o inconscientemente, Mariátegui tenía que dejar de lado esas obras, porque ellas, aun más que las literarias, echan por tierra su tesis del colonialismo superstite. Ya lo hemos visto al tratarse del pensamiento político. Igual cosa tenía que suceder con las obras relativas a cuestiones económicas, internacionales o históricas. Todas ellas revistieron un sello esencialmente nacional. En las obras de historia colonial, como el monumental Diccionario de Mendiburu, la finalidad es encontrar la explicación o las raíces de lo presente.

El pensamiento de las distintas generaciones que se sucedieron después de la independencia se reflejó en revistas, y ellas revelan que se conservó la preocupación nacionalista y cosmopolita al mismo tiempo que se anuncia en las páginas del *Mercurio Peruano*. El que recorra las páginas de la Revista de Lima fundada por Lavalle y Ulloa o la *Revista Peruana*, de Paz Soldán, se convencerá de lo infundado que sería atribuir a esas generaciones la nostalgia del virreinato y la ausencia absoluta de espíritu nacional o popular.

Nuestra orientación nacionalista se acentúa cuando, a raíz de la guerra con Chile, un grupo de intelectuales peruanos, bajo la dirección de Carranza y estimulados y alentados por el gran Raimondi, fundaron la Sociedad Geográfica peruana, que ha vivido en algunas épocas vida intensa y brillante y cuyo boletín contiene contribuciones del más alto interés científico, siendo por ellas altamente apreciado por las sociedades extranjeras. En realidad, la Sociedad Geográfica renovó la tradición nacionalista que inicia la Sociedad de Amantes del País. Su labor, alejada de toda finalidad política, ha echado las bases de la verdadera peruanidad.

La gran figura de la literatura criolla es don Ricardo Palma. Mariátegui subraya en ella el volterianismo. Su visión de la colonia es irónica. Su simpatía hacia lo pasado no es de respeto o de compenetración, según Mariátegui. Es evidente que Palma admiraba a

Voltaire. Recuerdo que en su residencia de Miraflores tenía en un estante especial las obras completas del filósofo francés coronadas de una reproducción del famoso busto de Houdon. Señalándola, nos decía una vez: “Yo le doy un beso todos los días”.

Pero si de Voltaire imitó la gracia y la irreverencia, no tuvo ni la frialdad ni la dureza. El sentimentalismo romántico endulzó su volterianismo. No en vano había pasado por Europa y por América la onda sentimental del romanticismo. Ello explica las semejanzas de don Ricardo y de Anatole France. Fue don Ricardo un volteriano que pasó a través de la reacción romántica. Cabalga en dos siglos, como dijo D’Ors.

Está en lo cierto Sánchez cuando descubre, en la ironía de don Ricardo, puntos de picardía española. En don Ricardo hay, no sólo una nota irónica y picaresca. Cabría hablar de su humorismo. En efecto, el humorismo es un complejo de ironía y de lirismo; por la ironía, se señalan los contrastes; por el lirismo, penetramos en la esencia de las cosas. Las *Tradiciones* no son simple sátira o recreadas anécdotas; son, sobre todo, poesía. Y así, se aproximan más a la justa interpretación los que señalaron en Palma al poeta.

Es absolutamente injustificada la explotación que Mariátegui da de la simpatía de los elementos nacionalistas y conservadores para don Ricardo Palma. No hubo en ello jamás un propósito político. Desde luego, como lo han probado Ventura García Calderón y Riva-Agüero, las *Tradiciones*, sin trascendentalismo consciente, despeinan y avivan nuestro espíritu histórico, nuestra psiquis nacional. En los relatos de Palma, más que en las crónicas eruditas y en las historias concienzudas, se siente el pasado del Perú y se acendra nuestra continuidad histórica. Los que creen que esa continuidad es un factor en el espíritu patrio, tenían que simpatizar Con Palma. Además, hay que decir que Palma fué el caso de un literato puro. Hizo arte por el arte, sin ninguna mezcla de propósito ideológico, sin ninguna postura de maestro o conductor. De ese modo, admirar a Palma no significaba la aceptación de su credo volteriano, ni hipotecarse a un partido ni a un programa. A lo cual había que agregar, como el mismo Mariátegui observa, que las *Tradiciones* tienen, política y socialmente, un sentido democrático; y, por lo mismo, agregaremos nosotros, nacionalista. En punto a opiniones políticas, las claras simpatías de Palma fueron siempre por don Nicolás de Piérola, el caudillo popular, la encarnación del sentimiento nacional y a la vez, en

congruencia perfecta, demócrata en lo político y conservador en los problemas ético-religiosos. No era, pues, de extrañar que la misma juventud que seguía a Piérola admirase a Palma, sin necesidad de recurrir a un repugnante timo o maniobra de mediocres destinada a decorar su *clan* con el prestigio de un nombre que en realidad no les pertenecía. Palma, como Prada, son figuras nacionales que ningún grupo o partido tiene el derecho de monopolizar. La grandeza de ambos estriba, desde el punto de vista estético, en la perfección de su obra y, desde el punto de vista humano, en que supieron expresar, Palma respecto de lo pasado, y Prada, en algunos de los problemas de lo presente y de lo futuro, los sentimientos e inquietudes más profundos del espíritu nacional.

La crítica de Palma no ha salido aun del período ditirámico. El entusiasmo despertado por su obra ha señalado muchas cosas interesantes en ella. Su figura requiere el homenaje más grande y más digno de lo que podríamos llamar la crítica integral. Las *Tradiciones* no perderán por esa revisión necesaria. Alguna vez dije lo siguiente y es oportuno repetirlo ahora: “Hay en la colonia aspectos serios, vida profunda y trágica, que no se revela en las páginas de Palma”. A ese estudio hay que invitar a los críticos de la nueva generación. Luis Alberto Sánchez parece estar dentro de esta tendencia, cuando sitúa principalmente a don Ricardo en el marco limeño. Desde el punto de vista espiritual y geográfico, no político, cabría rectificar la frase de que Lima es el Perú. Es apenas una isla de gracia, cortesanía y espíritu irónico en la gran tragedia de contrastes geográficos y de tristezas históricas que es el país. En este sentido, Palma no encarna el peruanismo integral. Representa la nota sonriente, un aspecto esencial, pero no total de la nacionalidad. Eso sí, puede decirse que aquella nota la encarnó tan plenamente, que quedó por él agotada. Las *Tradiciones* no formaron una escuela ni tuvieron precedentes, ni dieron lugar a imitaciones de verdadera importancia; y no se ve la posibilidad de la continuación del género. Ventura García Calderón, abordando el mismo tema folklórico, nos ha presentado ya, con otra técnica y otro espíritu, en sus cuentos magistrales, aquellos aspectos de peruanidad que no se encuentran en la obra de Palma.

El contraste entre Lima y el Perú serrano fué descubierto con innegable intuición por Federico More. Mariátegui utiliza en lo esencial esa diferencia que More establece. Creemos que el contraste entre el carácter colonial, costeño y cosmopolita de Lima y el ruralismo disperso

de la sierra no significa una oposición irreductible. Aquella dualidad puede superarse enriqueciendo el espíritu nacional.

No es necesario, mezclando lo político y lo literario, buscar la conciliación, como lo hace Mariátegui, en la diferencia, un tanto simplista, entre la Lima mala, colonial, aristocrática, voluptuosa, y la Lima buena, industrializada y de inquietudes socialistas. La conciliación hay que encontrarla en las raíces de la propia nacionalidad. No cabe afirmar que la nueva peruanidad tiene que ser indígena. Más en lo cierto estuvo Bolívar cuando sostuvo que la fusión de las razas traería la homogeneidad del pueblo. La base nacional, por otra parte, no puede ser etnológica, sino psíquica. La conciliación tiene que realizarse mediante corrientes espirituales que unan a la Lima costeña con las provincias ya las provincias con la Lima abierta a las influencias exteriores. Esta mutua comprensión es posible. Lima ha vivido, en algunas épocas, a espaldas de la vida provincial. Las provincias no deben mantenerse en una actitud de resentimiento respecto de Lima. Sobre el cosmopolitismo y provincianismo está el nacionalismo. La literatura debe dejar de ser limeña, para hacerse amplia y francamente peruana. De la divergencia de colorido puede resultar un conjunto sinfónico de verdadera riqueza. Lo típicamente limeño, por ser típicamente peruano, debe ser comprendido y lo es en todas las provincias. En una forma u otra, la vida urbana en la región andina reproduce en muchos aspectos la de la capital. Y el alma de las punas y de los Andes debe ser intensamente sentida en Lima, si quiere conservar no sólo la capitalidad política, sino la capitalidad espiritual del Perú.

Si no es cierto que los elementos moderados y reformistas hayan querido monopolizar a Palma, es fundado decir que los radicales han pretendido monopolizar a Prada imponiendo a todos, no solamente la justificadísima admiración al literato insigne, sino la adhesión a su dogmático y cambiante credo religioso-político. Si Palma es el tipo del literato exclusivo, en la figura de Prada hay que separar necesariamente al artista del ideólogo político. Y la admiración por el primero no podía entrañar la adhesión al segundo.

Creo contarme entre los más entusiastas admiradores de Prada poeta, de Prada ensayista, de Prada formidable escritor de combate; pero con todo respeto he expuesto mi pensamiento sobre la debilidad y contradicciones de su ideología en lo político y lo religioso.

El hecho de encontrarme hoy más lejos de la ideología de Prada

que en la época en que escribí *La desviación radical* y *El problema religioso* no ha acentuado mi antiguo criterio. Con mayor serenidad, comprensión y justicia, puedo destacar mejor en la obra de Prada, desde el punto de vista de su influencia nacional, los aspectos de valor y de grandeza indiscutibles. Prada representa la expresión más profunda y bella del sentimiento nacional, desgarrado y sangrante, después de la derrota y de la mutilación territorial. Podremos encontrar hoy, con un criterio humanitario y cristiano, exageradas o violentas algunas de sus expresiones. Nadie podrá negar su hondura y sinceridad. La función de Prada; fue dar tonicidad y nuevo vigor al espíritu nacional decaído y humillado. Aquella función la desempeñó soberbiamente. El Perú, después del 80, debía ser nacionalista. Encontró en Prada su verbo y su jefe.

Prada describe luego los males nacionales; entonces aparece otro aspecto: el de disecador implacable de nuestras taras hereditarias, de nuestras defectuosas instituciones, de nuestros partidos y de nuestros hombres. Con la misma exaltación patriótica, fustiga el organismo nacional. Quizá fui injusto cuando dije que había una mezcla de serenidad parnasiana y de aristocrático desdén en las críticas de Prada; más próxima a la verdad estaría la explicación que atribuyera, como en Costa, aquella nota a la reacción de un temperamento en el fondo apasionado, frente a males que nos abrumen o nos sublevan. La crítica de Prada realizó una función social utilísima. Fué la necesaria sacudida del espíritu público: penoso examen de conciencia colectivo.

Habría que agregar, por último, en este balance imparcial de la influencia de Prada, conductor y maestro, la hermosa ecuación entre el pensamiento y su vida; su actitud, erguida, de indeclinable dignidad; en una palabra, el hombre, como lo recuerda Mariátegui aplicando a Prada las mismas palabras de éste sobre Vigil.

El debe de este balance lo constituye lo que podríamos llamar hoy, en lenguaje freudiano, el complejo anticlerical de Prada: su equivocada actitud frente al problema religioso, tan opuesta a la mentalidad europea de su tiempo, tan estrecha, tan primaria (materialismo de Holbach y ateísmo de Bakunín). No pueden explicar simples razones intelectuales lamentables extremos como el de *Presbiterianas*; tienen una raíz más profunda y deben ser necesariamente subliminarios o subconscientes. He aquí un campo de estudio interesante para los que no quieran repetir, respecto de Prada, los ditirambos gastados de sus discípulos o la crítica también manida de sus adversarios. El complejo anticlerical de Prada no

sólo pone una nota disonante en su fisonomía espiritual, sino que ha tenido desastrosas consecuencias desde el punto de vista de la orientación de la juventud en el Perú. Ha creado artificialmente el problema religioso; ha desviado a una generación en Lima y tal vez a dos en provincias del estudio de las cuestiones efectivas, de las necesidades urgentes, en síntesis, de la realidad nacional.

La tesis central de Mariátegui: hacer de Prada el representante de la influencia cosmopolita y del sentido europeo de nuestra literatura, debe sufrir reservas de importancia. Es evidente que Prada, a diferencia de los literatos de la generación anterior y de su propia generación que sufrieron principalmente la influencia española, tuvo una rica cultura general, clásica y moderna y conoció y cultivó las literaturas inglesa y alemana. Cuando todavía nuestros literatos seguían a los románticos españoles o franceses, Prada, en consonancia de temperamento y de cultura, se dedicó a los más altos representantes de la escuela parnasiana.

Lo más hermoso de Prada como ensayo filosófico-literario: *La Vida y la Muerte*, es como el eco o desarrollo en prosa del famoso soneto *Les Morts*, de Leconte de L'Isle. Y la frase célebre, "la tristeza de pensar y el horror de vivir", está literalmente tomada del maestro francés. Esa actitud de desafío frente al misterio, tan distinta del abandono, sumisión y esperanza del panteísmo la martiniano, es típicamente lecontiana. El amigo íntimo de Leconte, Lois Ménard, fué otra de las admiraciones de Prada, y es a éste a quien debe Prada el paganismo de *Páginas Libres* y de *Exóticas*. Espíritu esencialmente joven, sigue la evolución literaria, cultiva y admira a Baudelaire y a Verlaine; mas es evidente que el sentido profundamente cristiano y católico de los dos máximos poetas franceses no llegó a penetrarle. Prada continuó siendo discípulo de Hugo por el énfasis retórico, y discípulo de Leconte y Ménard por la serenidad parnasiana y el culto del paganismo.

En el orden puramente ideológico, el espíritu de Prada se estrecha más todavía. Admirando a Renán, de cuyo recuerdo en la cátedra del *College de France* nos ha dejado un ensayo bellissimo, no tuvo la agilidad espiritual, la fina coquetería del maestro para comprender y reflejar diversas ya un contradictorias corrientes intelectuales. Los unía el complejo anticatólico, pero en Renán era vencido o disimulado por su diletantismo y una insaciable curiosidad, Mariátegui reconoce que González Prada rechazaba la duda y no concibió la ironía: era un espíritu de afirmaciones absolutas. Su sentimiento literario es mucho

más amplio que su visión filosófica; por eso Prada artista es infinitamente superior a Prada filósofo. En el orden ideológico no cabe hablar del europeísmo ni del cosmopolitismo de Prada. Viviendo en la época de la más asombrosa fecundidad de teorías, de doctrinas y de puntos de vista, Prada discurre completamente indiferente a las inquietudes y polémicas de su tiempo, a esos infinitos matices de ideación y de crítica, seguro del credo muerto del materialismo del siglo XVIII que revive con ciega impetuosidad el anarquismo ruso.

Es igualmente infundado afirmar que Prada encarna la liberación de la influencia hispánica. Si razones de tiempo y de espacio me lo permitieran, yo desarrollaría la tesis del españolismo de Prada; un españolismo más esencial que el de Palma porque no consistía en el culto de la forma, en el casticismo del estilo, en el purismo académico, que al fin son cosas de segunda importancia, sino en rasgos esenciales de la estructura espiritual. El Prada radical, el Prada francómano, hasta en la ortografía, era en el fondo un tipo español. Lo fué por el énfasis, por el individualismo y por el dogmatismo.

Mariátegui conviene en el retoricismo de Prada. Hay una retórica de la frase, como hay una retórica del período. Montalvo y Castelar son los retóricas del período; pero Hugo y Prada son los retóricos de la frase. ¡Cuántas veces se realiza en Prada el terrible fenómeno de gravitación verbal en que vemos cómo, en lugar de que el pensamiento guíe la frase, es la frase la que determina el pensamiento! Tan mala es la retórica lapidaria como la retórica difusa.

El carácter más esencialmente español de Prada es, sin disputa, su individualismo. Su fuerte personalidad rompe el medio familiar y desdeña los convencionalismos del medio social. La vida presenta la ironía corriente de jefes prisioneros de su círculo, caudillos esclavos de su tropa. La estupenda individualidad de Prada lo conservó inmune de estas esclavitudes. No puedo yo negar desde el punto de vista estético, mi admiración por su aislamiento tan en conformidad con su espíritu. Quizá habría sido más útil para el país un Prada político, transigente, diplomático, imponiendo a ratos por su magnetismo, a ratos por inevitables concesiones, sus fórmulas y sus rumbos a la masa cambiante de partidarios. Dados los rasgos esenciales de su espíritu, su soledad, su inadaptabilidad aparecen como un complemento de su efectiva grandeza.

Huyó de la acción porque era principalmente un esteta o porque pensaba, como Wilde, “que la acción es siempre impura”.

Ya otros escritores han señalado el hidalgo en Prada, en conformidad con su prestancia física. El castellano es altivo, irreductible y desdeñoso. A cada paso podría indicarse en Prada, en sus críticas institucionales y, sobre todo, personales, la altivez y su compañero inevitable, el desdén.

Por último, ¿cómo explicar el trágico dogmatismo de Prada, sus afirmaciones sin matices, sus postulados sin reservas, su ideación de cristalizaciones netas sin recurrir al dogmatismo militante, que es la esencia del carácter español?

Con probidad intelectual, Mariátegui afirma que la ideología de *Páginas Libres* y de *Horas de lucha* es una ideología caduca. Así es, en efecto, en el diálogo futuro entre el idealismo cristiano y el materialismo soviético: entre el reformismo católico y la sociocracia comunista no cabe ya el credo irreductiblemente individualista de Prada (1).

Después de la orientación radical, hay que considerar en nuestra cultura el positivismo universitario, al que apenas alude Mariátegui. Si en el balance de la desviación radical puse a su favor la obra literaria de Prada y ciertos aspectos de su función nacional, al tratar de la Universidad, quizá con pugnacidad excesiva, la llamé institución espiritualmente emigrada, diciendo que nuestra tierra y nuestros muertos estaban ausentes de ella. Si la Universidad, institucionalmente, no estudió la realidad nacional y no nos dio las orientaciones positivas que deberían reemplazar al jacobinismo radical, es justo decir que algunas individualidades hicieron plausibles tentativas para dar a nuestra cultura sólidas bases realistas. Del mismo estudio de Mariátegui puede desprenderse la misma conclusión. Dispersas aquí y allí, hay continuas referencias, y algunas de homenaje cariñoso, a los trabajos de Prado y de Villarán y a algunas ideas de Maúrtua.

La obra de una generación debe ser estudiada dentro del marco de su tiempo.

Triste, muy triste, fué, en realidad, aquel en que despertó a la vida intelectual la generación que nos precedió, la de nuestros maestros inmediatos en la Universidad. Imaginemos el Perú empobrecido, humillado, del 81 al 95, cuando a la catástrofe de la guerra nacional, sucedió el militarismo y amenazó la anarquía, y no podía adivinarse el milagro de la restauración nacional llevada a cabo por Piérola el 95.

¹ Sobre la influencia de Prada en la juventud de su tiempo, léase el delicioso ensayo de Enrique Carrillo, publicado en *Mercurio Peruano*.

En ese ambiente de depresión y pesimismo y lejos de las ventajas de un frecuente y rico intercambio intelectual con otros países, se educó la generación que nos precedió. Nuestra claudicante estructura social y económica no permitía una intensa división del trabajo. Los hombres de pensamiento tenían que ser hombres de acción. El diletantismo era inevitable. La intelectualidad, un simple adorno en las profesiones prácticas. Y, a pesar de eso, aquella generación tuvo individualidades que trataron de abordar los estudios nacionales y renovar nuestra cultura. Deustua cultivó la filosofía y, sobre todo, la estética. Prado quiso aplicar el positivismo tainiano a nuestro pasado, dejando un estudio que, como dice muy bien Mariátegui, conserva aún sustancia y frescura. Villarón planteó las crisis de las profesiones liberales. Manzanilla explicó el reformismo social; Cornejo difundió las teorías sociológicas de Spencer; Maúrtua estudió nuestras cuestiones internacionales.

La dirección incuestionable de este movimiento intelectual la tuvo la noble figura de Javier Prado. El ateneo, bajo su presidencia, entró en una nueva vida. Conferencias, certámenes, actos de homenaje y justa consagración y publicación de su revista, anunciaban una intensa actividad intelectual. No se mantuvo, desgraciadamente, aquel entusiasmo y, al comenzar el presente siglo, el Ateneo principió a decaer. La actividad política, más intensa en los períodos constitucionales, y orientaciones económicas y profesionales que se abrían en la época del renacimiento peruano que inicia Piérola, desviaron a muchos elementos de la consagración puramente intelectual. El mismo Prado no pudo continuar sus estudios de sociología peruana, absorbido por su activísima vida profesional y política. Haciendo un esfuerzo, verdaderamente admirable, dictó su clase de historia de la filosofía moderna con creciente interés y maestría. Prado filósofo, tuvo una gran influencia en la juventud de su tiempo, generalizando las teorías que venían a atenuar las conclusiones positivistas, en boga en esa época, anunció la reacción idealista que había de representar con más intensidad la generación novecentista.

Villarón representó las tendencias hacia la creación de una sociología jurídica: empeño que no podía tener éxito, a pesar del talento que él puso en sus exposiciones. El derecho no puede ser desligado de la moral y de la metafísica. Un derecho puramente social es una quimera. Dejando el derecho natural, Villarón paso a exponer, con competencia y brillo admirables, los nuevos aspectos de la ciencia

constitucional. Discípulo de Alberdi, Villarán llevó a nuestros estudios políticos una nota de fecundo realismo. La misma palpita en sus magistrales ensayos sobre historia y reforma de la Instrucción pública en el Perú. Villarán, como decano y como rector, ha representado un espíritu nuevo en la universidad. Seriedad, método, disciplina, consagración entusiasta, expresión clara y ajena a todo inútil retoricismo, son las características de su personalidad intelectual.

Víctor M. Maúrtua ha dejado dos libros esenciales en la cuestión con Chile.

El primero planteó nuestro derecho en la época de la discusión del arbitraje panamericano; en el segundo, veinte años más tarde, después de la crisis ideológica que trajo la gran guerra, Maúrtua vuelve al tema, y, aprovechando nuevos estudios e investigaciones, produce una obra maestra cuyos rumbos por desgracia no se siguieron en el proceso arbitral de Washington que concluyó así en la triste derrota del laudo Coolidge. Maúrtua dedicó su actividad al arbitraje boliviano. Además de escribir un alegato de fuente erudición histórica y una réplica de avasalladora dialéctica, consagrada por el triunfo en el laudo argentino, aprovechó de aquella defensa para publicar la más rica y valiosa colección de documentos históricos sobre la formación de la nacionalidad y la conquista de la hoya amazónica.

En Maúrtua, al lado del abogado internacional, habría que poner al editorialista, no superado ni igualado siquiera en claridad, con el moderno, ironía y elegancia.

En la Universidad, el maestro que, con Prado, compartía la mayor influencia fué Deustua. Venido del periodismo, donde había hecho campañas brillantes, Deustua llegaba un poco tarde a la Universidad. A su cultura enciclopédica y festinada- quizá le faltó aquella serena sedimentación que sólo se consigue en las vocaciones iniciadas a tiempo. Deustua tenía del maestro el entusiasmo intelectual, el amor a la cátedra y el sincero cariño a sus buenos discípulos. Despertó en muchos la vocación intelectual. Fué más un inquietador que un orientador. Su pensamiento sufría los defectos de una erudición demasiado amplia, pero sin una justa tabla de valores. (Este diálogo que tuve con él revela su equivocada orientación. Me había cabido el honor de reemplazar a Javier Prado en su cátedra de filosofía moderna. Deustua desempeñaba el decanato y yo explicaba a Spinoza. Al saberlo él, me dice: “¿Ha leído usted el libro de Brunshwig sobre Spinoza?”. "No, le repuse, pero leo a Spinoza”). A diferencia de Justo Sierra, que daba a sus discípulos el

consejo de leer, releer y meditar a los grandes autores para encontrar lo que Goethe llamaba ideas madres, el afán de Deustua era conocer todas las teorías y las nuevas ideas. De ahí resultaba que sus cursos fueran de difícil asimilación. Si a ello se agrega que, a pesar de su espíritu novedoso, Deustua tenía cierta rigidez dogmática, y al aplicar el método socrático no aceptaba ni alentaba el oscuro y penoso proceso de descubrimiento, y requería respuestas cristalizadas y perfectas, su enseñanza, no obstante su enorme saber y su entusiasmo sincero, no alcanzó un carácter verdaderamente moderno ni toda la influencia que habría podido tener. Sólo estaba verdaderamente en caja en la disertación o en la lección magistral y en la clase de reducidos y selectos alumnos, como el seminario de estética. Más por desgracia nuestras clases eran numerosas y exigían algo más que el tipo antiguo de conferencias, de pasos obligados o de diálogos con respuestas predefinidas. Fuera de esto, el defecto principal de Deustua consistió en su falta de adhesión profunda a una filosofía constructiva. Su credo era lineal y rígido, pero cambiante; como de calidoscopio. Hay que poner, sin embargo, en su haber la inquietud ideológica y el aliento efectivo, generoso, a sus mejores discípulos.

En la facultad de Jurisprudencia hubo también cierto espíritu reformador. Chacaltana trató de dar, además del comentario del Código Civil, las nuevas ideas sobre esta ciencia. Chacaltana tenía del maestro la dignidad, la escrupulosidad, la expresión fácil, clara e insistente y, además, una sincera simpatía por la juventud. Mariano Prado desarrolló un completo y concienzudo programa de Derecho Penal. Con Pedro Carlos Olaechea, muerto prematuramente, la facultad se enriqueció con el verdadero tipo del jurisconsulto. Olaechea conocía y amaba la ciencia jurídica.

En medio de nuestro diletantismo, de nuestra coquetería intelectual, destacaron una vocación incuestionable Pablo Patrón y Luis Ulloa. Patrón, desigual y desordenado, cultivó con brillo e intuiciones, a veces geniales, dos ciencias difícilísimas en un medio incipiente: la filología y la historia. Pocos hombres conocieron mejor nuestro pasado incaico y colonial, y es lástima grande que Patrón, que tenía además condiciones excepcionales de expositor, no dejara obras, en materia de historia general, que reflejaran su saber y su constante labor.

Luis Ulloa ha sido entre nosotros el caso más feliz de dedicación a las investigaciones históricas.

Enviado muy joven a España, revuelve los archivos de Simancas, Madrid y Sevilla y reúne y comenta la estupenda colección de documentos que fué la base de nuestra defensa en las cuestiones de fronteras con Chile, Bolivia, Colombia, Ecuador y Brasil. Cada vez que ha habido necesidad de agotar la investigación sobre un punto concreto de interés nacional, Ulloa asumió esa tarea con éxito completo: ejemplos, su *Monografía sobre el Tratado Pedemonte-Mosquera* y sus *Estudios sobre la elección presidencial*. Los trabajos históricos en Ulloa han alternado con panfletos políticos destinados a servir siempre una causa desinteresada. Ulloa ha consagrado su actividad, en los últimos tiempos, al descubrimiento de América y a los problemas colombinos, siendo reconocida su autoridad en la materia.

La obra de Cornejo fué de escasa influencia en la cátedra. Su curso estaba inspirado en el organicismo spenceriano, en el cual involucró, a veces forzadamente, concepciones como la conciencia de la especie de Giddings y la imitación de Tarde. Sólo después de su viaje a Europa, Cornejo rectifica su spencerianismo antiguo con la lectura de Wundt y de Simmel. Su *Tratado de Sociología* es un esfuerzo de síntesis sin llegar a la unidad efectiva de concepción. En el fondo, Cornejo siguió siendo un evolucionista de orientación materialista.

Más grande fué la influencia de Cornejo como orador político. En justicia, cabría decir que con él se inicia el discurso sociológico y de pretensiones científicas. Para un criterio moderno, el discurso parlamentario debe rehuir todo exhibicionismo científico y todo afán literario. La oratoria parlamentaria tendía hacia un retoricismo vacío. Cornejo, sin dejar de pagar tributo a éste, agregó lo que ya era algo para ese tiempo, referencias históricas e hipótesis sociológicas. Lo que necesitábamos era visión directa de la realidad y ciencia profunda y verdadera, que es la que se oculta. Vano es encontrar ésta en la oratoria cornejiana.

El periodismo nacional, después de la guerra, continuó por lo general como la oratoria política, empírico, personalista. Valioso esfuerzo para unir al periodismo con las corrientes de cultura universales y el estudio de los problemas del país se debe a Alberto Ulloa cuando creó *El Tiempo*. Ulloa heredó de su padre, don José Casimiro, el sentido de los problemas peruanos. La fundación de *La Prensa*, debida a la audacia y constancia de Pedro Osma, acentuó la orientación de *El Tiempo*, agregando mejor es decisivas en el orden de la información noticiosa y gráfica. Al fundirse *El tiempo* y *La Prensa*,

Ulloa encontró, en esta última, el instrumento apropiado. Los editoriales de Ulloa, sin el valor literario de los de Castro o La Jara, representaban información, conocimiento de los asuntos, vigor y valentía incuestionables. La función crítica, indispensable en toda democracia, llevóla a cabo *La Prensa* con eficacia y elocuencia.

El Comercio, nuestro diario casi secular, cuya autoridad supieron conservar la acertada visión de José Antonio Miro-Quesada y el nacionalismo de Carranza, no se sustrajo al movimiento de renovación. Sostuvo con brillo la competencia con los nuevos colegas, mejorando todos sus servicios. El talento sólido, ecuánime y claro de Antonio Miró-Quesada reafirmó el carácter independiente del periódico y su sentido para reflejar la opinión pública, sobre todo, en los problemas internacionales.

De la generación de Prado, Mariátegui, siguiendo su criterio exclusivamente literario, estudia sólo la figura de Chocano, sobre la cual emite juicios semejantes a los que yo expresé en mis ensayos de *El Perú* en 1917. Señalaba entonces el carácter objetivo, geográfico y continental de la inspiración de este poeta, más apto para cantar escenas de epopeya y para describir la naturaleza tropical que la vida monótona y triste de la raza oprimida y la majestad simple y desolada de las punas andinas. Aquel juicio mío necesita rectificarse por lo que se refiere a algunas poesías de Chocano, como la dedicada a *la Vicuña* y *Las tres notas*, acertada interpretación del alma indígena.

Merecían ser estudiados en ese grupo Clemente Palma, sutil cultivador de ensayos y de cuentos en que palpita una filosofía individualista en exceso; Castro Oyanguren, editorialista castizo y elocuente; Enrique Carrillo, delicioso cronista y novelador de penetración psicológica, de gracia, de colorido y de expresión elegantísima; Adán Espinoza y Saldaña, poeta en quien bajo lo aristocrático y refinado de la forma se adivina gran hondura de sentimientos, y Luis Varela, brillante periodista, ameno narrador y gran genealogista.

En la misma generación había que considerar la obra de dos escritoras, una de ensayos y otra de cuentos o novelas, que representan valores efectivos de nuestra cultura: Dora Mayer, que planteó, con criterio realista y con devoción y amor admirables, interesantes aspectos del problema indígena, y Angélica Palma, que ha heredado de su padre la maestría de la forma y el culto de los temas históricos.

Mariátegui dedica un breve capítulo a la generación que él llama

futurista, tratando, intencionadamente, de confundirla con el partido que llevó ese nombre.

Esa confusión es injustificada y revela uno de esos excesos de pasión que constituyen la nota triste del libro de Mariátegui. El Partido Nacional Democrático o futurista, como lo apodó Cisneros, ha sido apenas un episodio fugaz en la vida de esa generación. No tengo inconveniente en aceptar que la formación de este partido fué un error político, aunque bien intencionado. Un partido sólo puede fundarse obedeciendo a la urgencia de una solución en agudos problemas nacionales o bien como la cristalización de una obra de renovación del ambiente espiritual. Ninguna de estas circunstancias medió en la formación del nuevo partido, resultando ésta artificial y prematura. El gran problema del Perú los años 14 y 15 era la vuelta a la constitucionalidad; ésta pudo conseguirse, y se consiguió, mediante la asamblea de los viejos partidos.

A la generación nueva, que tenía innegables prestigios intelectuales, se abrían dos caminos: o remozar los partidos históricos, vitalizándolos, o seguir con más intensidad, y sin las trabas de ambiciones y compromisos políticos, una obra de renovación de ideología política. El primer camino presentaba serios obstáculos. Aunque muchos de los elementos nuevos tenían tradiciones y vinculaciones civilistas, se resistían a aceptar las responsabilidades históricas de ese partido. Otros venían del campo demócrata, y comprendían que después de la muerte de Piérola el partido quedó condenado a inevitable desintegración. Así surgió el ideal de un partido nuevo. Pudo venir éste en mejor oportunidad, realizando primero esa labor desinteresada e independiente de que hemos hablado. La creación de un nuevo organismo político impidió la renovación del civilismo, sin dar, por otra parte, verdadera influencia política al nuevo elemento. La propia honradez y sinceridad de éste, le impedían tenerla. Hay que decir en honor del grupo futurista que en la disyuntiva de una adhesión incondicional al régimen inaugurado el año 15 y su función de crítica independiente, no vaciló en optar por este extremo, a riesgo de perder toda posibilidad de entrar al parlamento. El partido puede recordar con honor su negativa a formar parte de comités electorales; su crítica a la tentativa de empréstito y, por último, su valiente protesta contra la prórroga del presupuesto, en víspera de la elección del tercio parlamentario, lo que hizo fracasar casi todas sus candidaturas. Desde ese momento, el partido estaba muerto. Cumplió con su deber, sin

embargo, al calificar de traición a la patria el vergonzoso golpe del 4 de julio, cayendo después en absoluta inactividad y silencio.

Pero si el partido liquidó no puede decirse que ello significó la muerte espiritual de la generación novecentista, que ha cumplido sus deberes intelectuales y nacionales por muchos de sus elementos más representativos.

Su figura más destacada es, sin duda, Francisco García Calderón, cuya obra, enorme ya, marca una etapa principal en nuestra cultura. A ella apenas encontramos incidentales referencias en Mariátegui.

Para apreciar la obra de Francisco García Calderón es necesario colocarse en el ambiente espiritual del Perú al iniciarse el presente siglo. La generación del 80, absorbida por la lucha por la vida, no había podido cambiar nuestro ambiente espiritual, europeizándolo. Nuestro conservadorismo era rutinario y cerrado a las nuevas orientaciones compatibles con la necesaria perennidad del credo religioso, y frente a él se levantaba el dogmatismo no menos estrecho, rígido y violento, de la desviación radical. Francisco García Calderón nos libertó de estas dos esclavitudes enriqueciendo con su maravillosa curiosidad, su espíritu avizor y su simpatía intelectual nuestro ambiente inerte y nuestra ideología anquilosada. Reflejan sus crónicas y ensayos toda la inquietud intelectual contemporánea. No sólo el pensamiento de Taine, como cree Mariátegui, sino el de Renán y de sus discípulos France, Brunetiére, Faguet y Lemaitre, los estudios filosóficos de Fouillé, Guyau, Tarde y, luego, los de Boutroux y de Bergson fueron expuestos en páginas de admirable comprensión y elegancia. Puede decirse que García Calderón encarna el período cosmopolita o europeo de nuestra cultura.

Al trasladarse Francisco a su patria espiritual, al medio en que desde antes había vivido por la inteligencia, torna nostálgico a la nacionalidad y le ofrece un libro robusto y optimista en *El Perú contemporáneo*. Las tentativas y estudios monográficos de sociología nacional culminan en esta obra, cantera enorme de hechos, informaciones y puntos de vista que no ha perdido, a pesar del transcurso del tiempo, su utilidad esencial. No limita el ensayista peruano su atención a los problemas nacionales. Desde París contempló el panorama de toda la América. Fruto de esta orientación, fué el libro *Las democracias latinas de la América* y aquel otro magnífico credo de la solidaridad hispanoamericana: *La creación de un Continente*. García Calderón continuaba la tradición hispanoamericanista o continental del

Perú. A pesar de que ésta se había mantenido en nuestra actividad diplomática, no se había manifestado en estudios sociológicos. De la gran patria americana habían tratado en páginas admirables los argentinos Alberdi y Sarmiento, el colombiano Samper, el chileno Lastarria; el cubano Martí, el portorriqueño Hostos y el uruguayo Rodó. Faltaba la contribución del Perú. A su hora, Francisco García Calderón había de ofrecerla, colocándose a la altura de aquellas próceras figuras.

Igualmente censurable es la falta de un estudio especial de la obra de Ventura García Calderón. Aun en el caso de que Ventura hubiese continuado siendo solamente el elegantísimo cronista de *Frívolamente*, el literato cosmopolita o parisién, su obra, de tanta influencia en el Perú y en toda la América, debería ser considerada. Pero Ventura no perdió su peruanismo y dedicó bellas páginas críticas a nuestra literatura. En la madurez de su talento empleó toda su maestría de cuentista en temas peruanos. Parece que estas omisiones de Mariátegui se debieran a su deseo de presentar como infecunda y mediocre la generación que ha dado al Perú y a América su primer ensayista y su primer novelador.

Esta generación encontró además el renovador de los estudios históricos en José de la Riva-Agüero, quien no fué un simple colonialista, como se insinúa. El mérito principal de los trabajos de Riva-Agüero no se halla precisamente en la historia colonial, sino en la historia incaica o republicana. Sus páginas mejores y más fuertes son las que dedicó a Garcilaso, las referentes a la tierra andina en su *Viaje por la Sierra* y a la civilización incaica en *El Perú artístico*.

Respecto de la interpretación de la colonia, Riva-Agüero acentuó la visión comprensiva de Prado representando en el Perú la justa reacción contra la leyenda negra. Esta tendencia no puede atribuirse exclusivamente a un subconsciente espíritu aristocrático. Ella se debe a las corrientes de relativismo en la crítica histórica, y respondían, por lo mismo, al pensamiento moderno. Claro está que en tal reacción pendular hay el peligro de la exageración. (Mi punto de vista ha sido siempre huir de la leyenda negra y no crear tampoco la leyenda rosa).

Las divergencias ideológicas no justifican en modo alguno el desconocimiento de méritos intelectuales efectivos. Riva-Agüero podrá tener una mentalidad conservadora e hispanizante, pero nadie podrá negar su sólido talento, su formidable cultura y su profundo sentido histórico. A lo cual habría que agregar su intenso peruanismo intelectual. Este fué el vínculo efectivo que lo unió a los otros

representantes de su generación y no la especie de dictadura o monopolio de pensamiento que nunca pretendió ejercer y que le atribuye Mariátegui.

En el grupo universitario de la generación novecentista había una rica variedad ideológica. En tanto que Riva-Agüero se había formado en el estudio de Taine y del admirable Menéndez y Pelayo y reafirmaba su positivismo conservador con su sincera devoción por la cultura antigua, sin descuidar la más rica información moderna, llegando a tener, en curiosa coincidencia, una mentalidad semejante a la de Maurras, de conservadorismo incrédulo y fervor clásico, Oscar Miró Quesada, insaciable lector de libros filosóficos y sociológicos, alternaba ciego anarquismo intelectual con estudios sociales de espíritu reformista y humanitario; José Gálvez, heredero de una tradición liberal, como Mariátegui recuerda, se apartó a veces del credo de Riva-Agüero, sea en punto de lo que debería ser la literatura nacional o en otros debates; Raimundo Morales de la Torre cultiva el d'annunzianismo; y por lo que a mí toca, constatábamos alguna vez con Riva-Agüero que nuestra vinculación amistosa estaba hecha de contrastes. En la época en que yo sentía la seducción definitiva de Pascal, él admiraba y releía a Nietzsche, el verdadero anti-Pascal. Cuando yo sentía, por temperamento y por lecturas, inclinación romántica, él predicaba el más austero clasicismo. En discusiones interminables, se oponían su criterio coactivo del derecho y mi criterio institucional y libre, su amor a la época crepuscular del paganismo y mi culto franciscano y medioeval; su nacionalismo radical y exclusivo y mi fervor hispanoamericano y bolivarista.

En la misma materia de historia colonial no puede decirse que la orientación de Riva-Agüero fué la general en el grupo. Todavía gravitaron sobre él la concepción jacobina acerca de la colonia. Ella asoma a veces en el valioso estudio de Felipe Barreda sobre *La Vida intelectual de la colonia* e informa absolutamente la tesis de Oliveira: *La Política económica de la metrópoli*. Mariátegui no innova, pues, al seguir el viejo criterio moralizante y unilateral de la filosofía de las luces sobre una época que sólo puede ser justamente apreciada desde el punto de vista *interior* y positivo.

Igual independencia y variedad de criterios en el novecentismo sobre la civilización incaica, como lo revelan los estudios de Ugarte y, sobre todo, los originales trabajos arqueológicos y etnográficos de Julio

C. Tello, la notable tesis del malogrado Juan M. Osoreo y el libro de Carlos Valdez de la Torre.

Dentro de la misma generación, pero extraña a toda clasificación de partido o de círculo, surge la vigorosa personalidad de Hermilio Valdizán, el caso más intenso de vocación intelectual del Perú en los últimos años. Como periodista, Valdizán pertenece al elemento renovador que une esta profesión con los estudios nacionales; como médico, introduce en el Perú los estudios de psiquiatría; como sociólogo e historiador, estudió mitos, costumbres y degeneraciones de las razas primitivas, siendo en este sentido indigenista Y peruanista insigne.

A pesar de morir en la juventud, apenas próximo a la madurez, Valdizán deja una obra científica que es un monumento.

Mariátegui no dedica ni una referencia a La Jara y a Luis Fernán Cisneros. La Jara se adhirió al partido futurista, pero Cisneros le combatió rudamente. Ni esta circunstancia lo ha salvado del olvido absoluto a que lo condena el autor de los *Siete ensayos*. La Jara y Cisneros, encarnando la ideología demócrata y nacional de Piérola, fueron en el periodismo elementos de renovación dentro de la tradición peruana. Admirador de *Clarín*, el primero, y de Azorín, el segundo, introdujeron en nuestro periodismo, a veces inculto y a literario, una nota de corrección y de ironía elegante. La sección "Ecos" que La Jara inició y que Cisneros continuó en *La Prensa*, creó un género en la literatura periodística nacional; la gracia criolla encontró en él su última manifestación. Mariátegui cultivó el género en *El Tiempo*. Siguiendo de cerca aquel modelo.

Si La Jara y Cisneros coincidían en la crítica política, divergían en otras orientaciones. La Jara, orador nato, Cisneros, poeta de alma; nuestra generación ha vibrado con la elocuencia del uno y el sentimiento del otro. Extender hacia ellos, tan alejados, en su vida, del feudalismo y del privilegio y tan sinceramente democráticos, por tradición política y familiar, la tendencia destinada a "reanimar una leyenda indispensable al dominio de los herederos de la colonia", me parece una monstruosa injusticia.

Los nombres de La Jara y de Cisneros traen el recuerdo de otros dos, también olvidados por Mariátegui: Yerovi y Sassone. La muerte del primero y la larga ausencia de la patria, del segundo, no les quitan el derecho a puesto honrosísimo en el proceso de nuestra literatura. Yerovi fué la más alta encarnación del criollismo, después de palma y de

Segura, y al lado del poeta festivo, existía e él un lírico de un hondo Y sincero romanticismo. Sassone, en el fondo el romántico también, ha escogido para sus novelas y demás temas general, humanos; pero nadie podrá negar que en su exaltación, su movilidad y su gracia manifestada principalmente en conferencias y crónicas, lleva indeleble el sello de la peruanidad. Manuel Bedoya, con firme voluntad y talento, cultivó novela. En sus visitas al Perú comentó nuestra realidad, por desgracia con criterio truculento y pragmático.

Para juzgar de la fisonomía intelectual de la generación novecentista, Mariátegui no debió atenerse al episodio circunstancial de la agrupación política que formó. Esta generación tenía una obra y había mantenido una revista: *Mercurio Peruano*. En la orientación de ésta, cabía destacar los rasgos del novecentismo. Ellos fueron tres: devoción a la tierra y a la historia del Perú, de acuerdo con el programa del primer *Mercurio*; hospitalidad para todas las inquietudes del pensamiento contemporáneo; y especial simpatía a la reacción idealista.

Mercurio trató de ser, dentro de las deficiencias de nuestro medio, una revista moderna y nacional. Sin espíritu iconoclasta respecto de los viejos, sin incomprensión y exclusivismo respecto de los nuevos, trató de reflejar todos los matices del pensamiento nacional, desde el realismo conservador de Villarán hasta los impulsos reformistas del propio Mariátegui, a quien acogimos en nuestras columnas; desde el romanticismo de Cisneros y el nacionalismo de Gálvez hasta la poesía pura de Ureta y el simbolismo de Eguren; desde la gravedad informada de Deustua hasta la inquietud generosa de Edwin Elmore.

Mariano Iberico, en ensayos de gran finura, de penetración y de elegancia de forma, nos expuso su filosofía ultra-bergsoniana. César Antonio Ugarte ofreció sus serias observaciones de sociología y sus investigaciones de historia económica; Guillermo Salinas, sus profundas críticas de arte; Arturo García, sus nutridas lecciones de historia diplomática; Carlos Wiese, novedosas crónicas internacionales; Ledger y Ricardo Madueño, sus estudios económicos; Alberto Ulloa diseño sobre derecho internacional, Honorio Delgado nos mantuvo al corriente de las nuevas orientaciones de la psicología; Losada, de las recientes teorías matemáticas; Zulen, José Francisco Elguera y Leonidas Madueño cultivaban la filosofía y la crítica; Romero y Uneaga nos dieron sus trabajos de historiográfica. Buscamos ansiosamente la colaboración de las provincias, revelando el *Don Quijote*, de Juan

Manuel Polar, y los ensayos históricos de Francisco Mostajo. Beltroy, Góngora, Rodríguez, Guillén, publicaron poesías. La literatura feminista estuvo representada por las Cartas, de Angélica Palma, los Ensayos de María Wiese, y las críticas de Mercedes Parks. Deseosos de contar siempre con el concurso de los nuevos equipos, acogimos cuando sólo eran una promesa, hoy brillantemente realizada, a escritores como Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras, Jorge Basadre, Jorge Guillermo Leguía, Ricardo Vegas García y Manuel G. Abastos. Ni diferencias de credo filosófico o de opiniones políticas o sociales perturbaron la selección de nuestras colaboraciones. Nuestro empeño fué mantener siempre un ideal de cultura, superior a todo proselitismo o todo interés político, garantizando a cada redactor la más absoluta libertad. ¿Cómo puede decirse entonces que tal generación suponía la restauración de la hegemonía civilista en el Perú? Por lo que hace, particularmente, a política, semejante aserto tendría su incontestable réplica en la revista mensual por mí firmada y de mi exclusiva responsabilidad, en que critiqué, con severidad y absoluta independencia, la política del partido civil, a la sazón en el gobierno.

Nacida algunos años antes, nuestra generación habría encontrado su jefe natural en Piérola, y, bajo la dirección de un caudillo como éste, su actuación habría sido benéfica para el país. Pero esta generación surge en el momento en que el partido civil realiza su triste destino de evitar a Piérola y traer a Leguía. Puede decirse que el nuevo civilismo, contradiciendo las afirmaciones de Mariátegui, fué el verdadero enemigo de la generación novecentista. Ni la supo atraer ni se resignó a concederle una personería independiente. El civilismo continuó utilizando para las cámaras a oscuros caciques provincialistas, mientras a las puertas llegaba Leguía como exponente de un movimiento burocrático y de los apetitos de los aventureros políticos, ansiosos de formar, en la orgía financiera de empréstitos y nuevos impuestos, una nueva oligarquía.

A diferencia de la generación del 80 al 95, que sufrió la influencia de Prada, la generación novecentista experimentó la influencia de Rodó. El gran maestro uruguayo fué su verdadero director espiritual. De él imitamos la tolerancia y la amplitud, la primacía de las perspectivas intelectuales en perpetua renovación y el culto de la forma, su fervor clásico. Los defectos de la orientación de Rodó fueron también los nuestros: separación de la cultura y la vida, exagerado esteticismo. El

Perú necesitaba todavía una literatura más pragmática, como la de Sarmiento y Alberdi, y hombres que unieran el pensamiento y la acción, que "montaran a caballo", según la pintoresca frase popular.

Rodó, en reciprocidad explicable, admiraba al novecentismo peruano. En una recepción de la municipalidad de Montevideo, me dijo estas palabras: "La nueva generación del Perú es de pensadores; en el Uruguay es de decadentes".

Las revistas *Contemporáneos* y *Cultura*, que antecedieron al Mercurio, reflejaron dentro del novecentismo una nota principalmente literaria, al paso que el grupo más numeroso de formación universitaria cultivaba la historia, la sociología, el ensayo político y las cuestiones internacionales. Fueron los principales colaboradores de aquellas revistas Eguren, todavía ignorado e incomprendido; Bustamante y Ballivián, exquisito y correcto, Hernández y Zulen.

Esta tendencia independiente y, si se quiere, izquierdista se acentuó en la revista *Colónida*, fundada por Valdelomar y un periodista de garra, Federico More, discípulo de Prada en la literatura combativa. El carácter principalmente esteticista del grupo independiente o de izquierda del novecentismo protegió mejor su individualidad. Los estudios objetivos determinaban necesariamente algunas semejanzas de pensamiento y de actitud en el grupo universitario que fundó Mercurio.

Mariátegui trata con justificada simpatía al grupo colónida, dedicando ensayos especiales a Eguren y a Valdelomar.

Los elementos señalados por Mariátegui en Eguren: sentido de la infancia, medioevalismo, espíritu de lo maravilloso, nuevos en la literatura peruana y en la misma literatura de América, contenían un fondo de poesía tan grande que sólo el academismo más estrecho y ciego podía desconocer.

Valdelomar no era un literato puro. Tenía actividades sociales y aun políticas. Esto lo acercaba al demos. Su mismo dandismo y d'annunzianismo estaban dirigidos a éste. Había en Valdelomar una doble personalidad: el artista verdadero, enamorado de la tierra y del ambiente costeño, cultor de las tradiciones incaicas, buceador en nuestra historia de tipos de originalidad y relieve. Ese Valdelomar del *Caballero Carmelo*, de *La Mariscal*, de las *Leyendas incaicas*, es el que quedará en nuestra literatura. En cambio, el de la pose egolátrica o humorista vivirá sólo para la anécdota o el recuerdo pintoresco.

Más que al rededor de las revistas, hay que estudiar a los

intelectuales de ese grupo al rededor de *La Prensa*, que continúa siendo el órgano de la izquierda política e intelectual. Gastón Roger da un giro personal a la crónica. Ladislao Meza, un bohemio de verdad, publica sus cuentos intensos y líricos. Ascanio, talentoso heredero de un gran nombre, inicia su vocación literaria, que interrumpe la diplomacia. Abril de Vivero revela su inspiración de poeta. (Léase, sobre el ambiente de este momento literario, las jugosas páginas del ensayo de Gastón Roger sobre Mariátegui, publicadas en Mercurio Peruano).

Justo es recordar la obra de Zulen, de tan sincera y tenaz vocación intelectual.

Cultivó el ensayo filosófico y la revista bibliográfica. Nombrado secretario de la asociación indígena fundada por el grupo universitario novecentista, dedicóse, en compañía de Dora Mayer, a la labor oscura de defender a nuestros indios con un celo verdaderamente apostólico. Fué el valeroso portaestandarte del indigenismo por muchos años.

El movimiento colónida deja de ser puramente literario y adquiere una orientación político-social con el propio Mariátegui, cuya obra puede ser hoy imparcialmente situada en el proceso de nuestra cultura. En ella se acentúa la inquietud ideológica y estética que apareció en nuestro medio con García Calderón. Lejos de adoptar la serenidad distanciada, pero comprensiva, de éste, su espíritu se adhiere con fervor juvenil, sin perder perspicuidad y control, a las más audaces corrientes renovadoras. Su viaje a Europa le había puesto en contacto directo con aquéllas. En Mariátegui se realiza una evolución inesperada. Artículos recientes han revelado las primitivas tendencias místicas y aun ortodoxas de su espíritu. Al llegara Europa, en época en que ya era muy intenso el renacimiento católico en Francia, Italia y Alemania, aquel fondo místico espiritualista no se robustece ni acendra, sino que se desvía. Mariátegui lee a Marx y a Sorel, sigue de cerca la revolución rusa y el fascismo italiano. Su misticismo deja de ser interiorista y se hace social, adhiriéndose al credo soviético. Su ideal es encontrar en él, no sólo una nueva forma política, sino una nueva religión, y regresa al Perú Con una cultura enriquecida y fuerte, con una leva mística. Dedicase entonces a una ferviente labor de proselitismo. En este género tenía Mariátegui sus viejos recursos de periodista: claridad y agilidad en estilo, finura e intención; pero hay que decir que le faltaba vibración, calor, unción profunda.

Su fe no era comunicativa; y por eso sus mejores páginas son las de

crítica o las de análisis realista. Desde el punto de vista del pensamiento, la ilusión de Mariátegui ha sido la de marcar nuevos rumbos. Creía representar la ideología del porvenir. Si hubiera vivido, grande habría sido su desengaño. Al adherirse a las formas más estrechas del marxismo ortodoxo, Mariátegui se colocó en la mentalidad de la preguerra. El siglo XX rectificará a Marx a cada paso, así como en el siglo XIX no hizo otra cosa que rectificar a Rousseau. El dogma marxista dará las fórmulas para los agitadores y demagogos socialistas, como Rousseau las dió para la demagogia jacobina y radical; pero los hombres de pensamiento, sin desdeñar el fondo de verdad que pueda haber en *El Capital*, como lo hubo en *El Contrato Social*, se apartarán cada día más de la mística socialista, como sus predecesores se apartaron de la mística jacobina.

Felizmente, ni la defensa del marxismo ni la propaganda de la revolución rusa constituyen la parte esencial de la obra de Mariátegui. Su función de periodista le obligó a olvidar su dogmatismo tratando de comprender y reflejar otras corrientes contemporáneas. Su gran acierto fué el de realizar en momento oportuno la síntesis de los diversos trabajos fragmentarios acerca de la realidad peruana, dándoles unidad, a través de la interpretación económica.

En el aspecto del estudio de la realidad nacional, la obra de Mariátegui se diferencia de la de Prada. La tendencia literaria de éste y su afán de combate le hicieron desdeñar los problemas concretos, las necesidades urgentes. Prada creía que la obra de demolición era más importante que la obra constructora. Propaganda y ataque eran su lema. Estudio, análisis, descripción realista, fueron la orientación de Mariátegui. Inferior a su maestro desde el punto de vista literario, Mariátegui, sin embargo, ha dejado un mayor número de observaciones útiles.

Con Mariátegui y la fundación de su revista *Amauta* se destaca lo que podríamos llamar el vanguardismo peruano, ya anunciado en la izquierda de la generación novecentista. El vanguardismo se acentúa por la imitación de las corrientes europeas y las de otros países americanos. Hay una diferencia notable entre la agitación vanguardista de Europa y la de Hispanoamérica. Aquélla responde a multiplicidad de tendencias y de criterios; en Hispanoamérica tenemos un afán de simplificación, y el vanguardismo se mueve en líneas más estrechas y se adhiere a la cerrada ideología comunista.

En los últimos quince años, en compensación a nuestras tristezas políticas (exclusivismo conservador, desorientación y, por último, franca tiranía), hemos tenido una época de gran actividad intelectual, quizá la más intensa de nuestra vida republicana. Un distinguido escritor uruguayo me hacía notar que la dictadura de Santos en la república hermana, al apartar las mejores inteligencias de la vida política, las había obligado a orientarse hacia el trabajo intelectual, y que fué el período de aquella dictadura uno de los más brillantes del Uruguay desde el punto de vista literario. Algo de eso ha sucedido en el Perú durante la tiranía que ha desaparecido. Muchas inteligencias han permanecido al margen de la política haciendo labor puramente intelectual.

Hace quince años, en el Perú no existían sino diarios o semanarios gráficos.

El *Ateneo*, después de una vida anémica, desapareció. Efímera existencia tuvieron las revistas *Contemporáneos* y *Cultura*. Sueño parecía sostener un órgano que reflejara el pensamiento serio y desinteresado. En esta situación se fundó *Mercurio Peruano*. Recuerdo que algunos amigos apenas le auguraban seis meses de existencia. *Mercurio* ha entrado en su duodécimo año y conserva hoy mayor vitalidad que nunca. Mariátegui fundó su *Amauta* y luego apareció *La Sierra*. La Universidad ha tratado de sostener sus revistas y de darles un nuevo espíritu. Más importante que el movimiento de revistas ha sido la publicación de libros. La aparición de un libro era rara en el Perú y se debía o a alguna publicación de carácter oficial o a la forzada de tesis universitarias. En los últimos años han aparecido estudios de largo aliento y de carácter puramente cultural. Los jóvenes historiadores, cuyos primeros ensayos fueron acogidos en *Mercurio*, han producido ya obras de valor sustantivo en la evolución intelectual, como la *Iniciación de la República* y *La multitud, la ciudad y el campo*, de Basadre; *La literatura peruana*, de Sánchez. *La historia de América*, de Leguía, y *La asamblea de Panamá*, de Porras.

El síntoma más alentador en la evolución de la cultura peruana se encuentra en la agitación intelectual de provincias, sobre todo, en la sierra del Perú. Ya hicimos notar el surgimiento de un movimiento poético de importancia en Arequipa. En el Cuzco aparece también una gran actividad espiritual orientada principalmente a los estudios indigenistas. Se destacan los fuertes y hermosos libros de Cosía, de

Uriel García y Romero, que ha dedicado una notable monografía al departamento de Puno, y de Abelardo Salís. Pertenecen también a la literatura provinciana Vallejo y Magda Portal, poetas que armonizan en forma original la poesía indigenista y la propaganda proletaria, y los ensayos de Antenor Orrego.

Los temas simplemente costeños y criollos van a ser completados por los temas andinos. Cuzco, Cajamarca, Arequipa, Trujillo perfilan su personalidad intelectual. Por la variedad y riqueza de matices, por el incremento del número de trabajadores con gente moza de todas las regiones, hay la esperanza de que lleguemos a la fórmula de la peruanidad. Es evidente que en esta orientación la nota predominante será indigenista. La generación novecentista inició y encauzó los nuevos estudios históricos referentes a la raza nativa y mantuvo, con Ventura García Calderón, la inspiración indígena que aparece ya en la hermosa obra de López Albújar. El indio no debe ser solamente tema de historia y de literatura, sino de sociología. Necesitamos realizar serios estudios monográficos para conocer la presente situación indígena. Anuncian esta tendencia los trabajos citados de Castro Pozo, de Valcárcel, de Romero, de Uriel García, de Abelardo Solís.

Cuando hace más de veinte años se fundó la Asociación Pro-Indígena, presentamos, en compañía del doctor Pedro Irigoyen, un detallado proyecto de encuesta sobre todos los aspectos de la vida de nuestros indios, que debería llevarse a cabo sobre el terreno, siguiendo el método Le Play. A esta obra oscura y anónima y por lo mismo meritísima, conviene invitar a los jóvenes estudiantes de las universidades y de los años avanzados de los colegios de provincias. La verdadera orientación indigenista debe salir del terreno puramente literario o político para entrar en el de los estudios serios, positivos, llevados a cabo con esfuerzo paciente y con escrupulosidad profesional. A la ignorancia y olvido punibles de las generaciones anteriores no debe seguir la declamación hura e interesada de los agitadores. sino el trabajo de los hombres de ciencia. Cabe a Mariátegui el mérito de haber alentado estos nuevos rumbos y de haber recogido sus primeras manifestaciones. Nuestro desacuerdo viene en el momento de su valoración. Mientras que nosotros consideramos el indigenismo como un paso a algo superior, la peruanidad integral, Mariátegui considera el indigenismo como un valor último y supremo. Aunque Mariátegui establece la diferencia entre indígena e indigenista y comprende, apartándose del criterio establecido en sus primeros ensayos, que una

literatura indígena es imposible, porque ella sólo podría cultivarse por los indígenas mismos en el idioma quechua, aquella reserva no atenúa la orientación general de su racismo demagógico. No cree encontrar armonía posible entre el criollismo y el indigenismo; y repite exagerando, "que el Perú es andino y nuestra población es de cuatro millones de indígenas sobre el total de cinco". Hemos combatido en estas páginas al indigenismo integral al tratar de la cuestión económica y de la cuestión política; debemos combatirlo también al tratar de la evolución literaria. Es evidente que los temas indigenistas no deben ser tratados con el criterio de distanciada contemplación estética del exotismo. Tales indigenistas no serían indigenistas auténticos.

Pero hay también otro peligro, y es el de tratar la cuestión de los temas indígenas, no con un sentido de compenetración y desinterés, sino con una finalidad política o de proselitismo revolucionario. Ni esteticismo puro, compatible con la tesis imperialista, ni politeísmo puro de la antítesis radical o revolucionaria. Hay entre estos extremos el punto de vista humano, moral, social y verdaderamente estético, que es el que debe predominar. La peruanidad existe. Debe enriquecerse y debe ampliarse, pero no cabe modificarla radicalmente. Su espíritu es occidental, moderno, cristiano y, si se quiere, latino e hispanoamericano. Por consiguiente, al tratarse de la literatura indígena, tenemos que conservar, enriquecidas, aquellas características. Por otra parte, la literatura indigenista revela hasta hoy sensibilidad moderna, espíritu de simpatía esencialmente cristiano y está escrita en español. La literatura indigenista, que quisiera renunciar a estos tres valores en el intento imposible de la reproducción no estética, sino esencial de la sensibilidad primitiva, del sentido pagano o de la expresión nativa, sería extraña a la nación tal cual existe, y no sólo desde el punto de vista del blanco y del mestizo, sino aun desde el mismo punto de vista indígena, pues éste se ha transformado y tiende a transformarse perennemente. Cuando es célula viva de la nación. Aunque conserve su lenguaje, ha sufrido por lo menos la transformación de su psiquis religiosa. Existe un nuevo indio, como dice Uriel García.

Siempre hemos sentido una gran nostalgia del libro que, completando a Garcilaso, nos reflejara el alma indígena actual. Anhelábamos la aparición de un Sarmiento que nos describiera las punas y los valles andinos y la vida pintoresca de sus habitantes y que fuera para el Perú lo que es el *Facundo* para la Argentina. La raza, tal

como es hoy, influenciada por el blanco, hermana del mestizo, necesita un cantor, un poeta en prosa o en verso. Poema, relato, descripción, panfleto, poco importa la forma. El alma, por la profundidad y la inspiración, tiene que ser poética. Y este gran poeta no será, seguramente, ni el exotista, ni el demagogo. Si surge, será como una especie de Mistral peruano, mestizo como fué Garcilaso, alma serena, profunda y dulce, sin las exigencias del arrivismo, ajeno a los vientos de doctrina de su tiempo, arraigado en la tierra como un árbol, cristiano y católico, compartiendo con el indio sus penas y su fe ingenua.